

Segundo Domingo de Pascua

Hch 2, 42-47; 1 Pe 1, 3-9; Jn 20, 19-31

INTRODUCCIÓN

El Señor resucitado, que vive en su Iglesia y en medio de nosotros, esté con todos ustedes.

Hoy celebramos el Segundo Domingo de Pascua, también llamado **Domingo de la Divina Misericordia**, un día en el que nos alegramos por la abundante misericordia de Dios derramada sobre toda la humanidad. En algunos países, hoy también coincide con la celebración tradicional de la **Primera Comuni3n**, cuando los niños reciben públicamente al Señor por primera vez.

Permítanme compartir una historia. Una niña recibió un pequeño cordero de juguete como regalo de Pascua. Lo llevaba a todas partes y lo cuidaba con cariño. Un día lo perdió en el parque y comenzó a llorar. Un anciano que pasaba por allí se detuvo y la ayudó a buscarlo. Después de un rato lo encontraron entre la hierba. La niña lo abrazó con alegría y dijo: “Pensé que lo había perdido para siempre”. El anciano sonrió y respondió: “A veces creemos

que algo está perdido, pero cuando seguimos buscando con esperanza, lo encontramos de nuevo”.

Esta pequeña historia nos recuerda la **misericordia de Dios**. A veces pensamos que estamos perdidos por nuestros errores o nuestras debilidades. Pero Dios nunca deja de buscarnos. Su misericordia nos encuentra, nos levanta y nos devuelve la alegría.

Los primeros cristianos, como escuchamos en los Hechos de los Apóstoles, vivían “un solo corazón y una sola alma”. Rezaban juntos, partían el pan juntos y compartían todo lo que tenían. Nadie pasaba necesidad y el Señor añadía cada día nuevos creyentes a la comunidad.

Hoy nosotros también nos reunimos con ese mismo espíritu de unidad, humildad y amor, dispuestos a recibir nuevamente la misericordia de Dios.

Preparémonos para celebrar esta santa Eucaristía reconociendo nuestra necesidad de la misericordia del Señor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, tú eres el Resucitado que vino a traer paz, misericordia y reconciliación a un mundo herido. Reconocemos humildemente nuestras faltas y pedimos tu gracia sanadora.

Señor Jesús, muchas veces nos encerramos en nosotros mismos e ignoramos las necesidades de los demás.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, como Tomás, a veces hemos dudado de tu presencia en nuestras pruebas.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, a menudo hemos negado el perdón y no hemos vivido unidos en tu amor. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que perdona a todos los que se arrepienten sinceramente, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Elevemos nuestras voces con alegría y gratitud, glorificando a Dios Padre, que en Cristo ha vencido el pecado y la muerte, y nos ha dado una vida nueva y una esperanza eterna.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, en este tiempo pascual renuevas nuestra fe y fortaleces nuestra esperanza. Nos muestras que incluso cuando estamos heridos, cuando el miedo y la duda nos encierran detrás de puertas cerradas, tu misericordia puede entrar y hacernos nuevos. Únenos como un solo pueblo, unido por tu amor, y enséñanos a acercarnos unos a otros con compasión y perdón. Que seamos testigos de la paz del Señor Resucitado en nuestras familias, en nuestra parroquia y en el mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Vigas unidas: encontrar la unidad de Pascua en la paz y en las heridas

Hace muchos años, después de un fuerte terremoto, un periodista preguntó a un rescatista qué había salvado más vidas en los barrios que se derrumbaron. El rescatista no habló de tecnología ni de maquinaria pesada. Dijo: “Los edificios que permanecieron en pie fueron aquellos cuyas vigas estaban unidas entre sí. Donde todo estaba conectado, la estructura resistió. Donde cada parte estaba sola, todo se derrumbó”.

Esa imagen nunca me ha abandonado: **lo que está unido permanece firme**.

Es una imagen muy fuerte para la Iglesia después de la Pascua. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que los primeros cristianos tenían “un solo corazón y una sola alma”. Rezaban juntos. Partían el pan juntos. Compartían lo que tenían. Nadie pasaba necesidad. Y el Señor añadía cada día nuevos creyentes.

¿Cómo un pequeño grupo, sin poder, sin dinero y sin influencia, cambió el mundo?

No fue por estrategia.

No fue por marketing.

Fue por su **unidad visible**.

La gente veía algo distinto. Veía reconciliación. Veía ricos y pobres sentados a la misma mesa. Veía heridas perdonadas. Veía una alegría que no se podía explicar. Y eso atraía a otros.

Estaban, como dice una bella expresión inglesa, “**en un mismo acuerdo**”. No uniformes, no idénticos, sino como un acorde musical: notas distintas que forman una sola armonía.

Piensen en una orquesta.

Los violines llevan la melodía.

Las trompetas suenan brillantes y fuertes.

Los tambores hacen mucho ruido.

El oboe a veces suena como si llorara.

Y sí, a veces hay disonancia.

Pero en una verdadera sinfonía, incluso la disonancia sirve a una armonía mayor.

Una parroquia es así. No necesitamos uniformidad. Necesitamos **armonía**.

Escuché una vez sobre una parroquia rural que estaba siempre dividida: los mayores contra los jóvenes, lo tradicional contra lo moderno, el consejo económico contra el coro. Finalmente, una anciana se levantó y dijo:

“No estamos llamados a tocar nuestra melodía favorita. Estamos llamados a tocar **la misma pieza**”.

Esa frase cambió todo. Durante un año decidieron concentrarse en una sola misión común. No fue perfecto, pero poco a poco empezaron a sonar como una sola música.

Y sin embargo, incluso la primera orquesta falló.

El Viernes Santo las vigas se separaron. Pedro negó a Jesús. Los otros huyeron. Habían prometido fidelidad,

pero el miedo fue más fuerte. Cuando arrestaron a Jesús, “todos lo abandonaron y huyeron”.

Imaginen la vergüenza. El silencio después.

Por eso, la tarde de Pascua se encierran con las puertas cerradas. No solo por miedo a las autoridades, sino también por miedo a sí mismos. Habían fallado al amor.

Y entonces Jesús aparece en medio de ellos.

Casi se puede sentir el silencio. Ahora vendrá el reproche. Ahora la decepción.

Pero Jesús dice solo una palabra:

“La paz esté con ustedes.”

No hay acusación. No hay reproche. Solo paz.

Y les muestra sus manos y su costado. Las heridas permanecen. La resurrección no borra el sufrimiento como si fuera tiza en una pizarra. Las heridas no desaparecen: **son transformadas.**

Existe en Japón un arte llamado **kintsugi**. Cuando un cuenco se rompe, se repara con una laca mezclada con oro. Las grietas no se esconden; se resaltan. El cuenco se vuelve más hermoso porque estuvo roto.

Las heridas brillan.

Así sucede con Cristo.

Y así puede suceder con nosotros.

Conocí a dos familias vecinas que no se hablaban desde hacía veinte años por un problema de tierras. En una misa de funeral se sentaron una al lado de la otra. Cuando llegó el momento de la paz, dudaron. Pero lentamente se volvieron y dijeron: “La paz esté contigo”. Después vinieron las lágrimas. Después de la misa hablaron por primera vez en décadas.

Algo que estaba roto fue llenado de oro.

La paz debe decirse. A veces una y otra vez. En el Evangelio Jesús lo repite tres veces:

“La paz esté con ustedes.”

Porque la paz no es solo un sentimiento. Es un **don y una tarea**.

Pero una viga falta esa primera tarde de Pascua: **Tomás no estaba**.

A menudo lo llamamos “el incrédulo”. Pero quizá simplemente estaba herido. Había apostado todo por Jesús. Y cuando Jesús murió gritando: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, el mundo de Tomás se derrumbó.

Cuando escucha a los demás decir: “Hemos visto al Señor”, le parece demasiado rápido. Demasiado fácil.

“Si no veo... si no toco... no creeré”.

¿Es tan distinto de nosotros?

Vivimos en un mundo que quiere pruebas. “Si no lo veo, no lo creo”.

Un niño pequeño estaba un día junto al mar con su abuelo. El anciano señaló el horizonte y dijo: “Más allá de lo que ves hay otros países, ciudades enteras”. El niño entrecerró los ojos: “Yo solo veo agua”. El abuelo sonrió: “No lo ves, pero eso no significa que no esté”.

Tomás quiere ver más allá del agua.

Pero hay algo importante: su mayor problema no fue la duda, sino **la ausencia**. Cuando Jesús vino por primera vez, Tomás no estaba.

Un carbón fuera del fuego se enfría.

La fe no es un acto solitario. Es una **orquesta**.

Una joven doctora atendía a un soldado herido que rechazaba la terapia y no quería que nadie viera sus cicatrices. Un día ella se sentó a su lado y le dijo: “No puedo quitar tus heridas, pero no tengo miedo de verlas”.

Poco a poco él descubrió su brazo vendado. Ese pequeño gesto fue el comienzo de la curación.

Jesús hace lo mismo. Cuando vuelve, no reprende a Tomás. Le dice:

“Trae tu dedo. Mira mis manos. Mete tu mano en mi costado”.

Jesús no tiene miedo de las heridas.

Ni de las tuyas.

Ni de las nuestras.

Cuántas veces escondemos nuestras heridas interiores: culpa, tristeza, envidia, dolor. Pensamos que la fe significa fingir que todo está bien.

Pero los Padres de la Iglesia decían:

“Solo lo que es aceptado puede ser redimido.”

Pedro lloró por su negación.

Zaqueo reconoció su injusticia.

Tomás tocó la herida.

Y entonces pronunció una de las confesiones más profundas del Evangelio:

“¡Señor mío y Dios mío!”

No es una fe prestada. Es una fe nacida del encuentro.

Tomás es llamado “el Gemelo”. En él vemos nuestro propio corazón: una mezcla de Pascua y Viernes Santo.

Somos un pueblo de Pascua, pero todavía llevamos nuestras cruces.

Recuerdo a un hombre que perdió a su esposa durante el tiempo de Pascua. Mientras la Iglesia cantaba “Aleluya”, él se sentía vacío. Una noche vio una vela encendida en la ventana de su vecina. Después ella le dijo: “Pensé que quizá necesitarías un poco de luz de Pascua”.

Él me dijo: “No sentí la resurrección. Pero supe que no estaba solo. Y eso fue suficiente”.

Eso es la Iglesia.

Mantenemos una luz encendida para quienes todavía están en Viernes Santo. Permanecemos unidos como vigas firmemente atadas. Hablamos palabras de paz. Nos atrevemos a tocar las heridas.

Y cuando lo hacemos, algo sucede. Las puertas cerradas comienzan a abrirse. El miedo pierde fuerza. Aparece un puente entre los corazones.

Un director preguntó una vez a un famoso violinista: “¿Qué hace grande a una orquesta?”

El violinista respondió: “Cuando cada músico **escucha más de lo que toca**”.

Tal vez ese sea el secreto de la unidad pascual:

Escuchar a Cristo que sigue diciendo: “La paz esté con ustedes”.

Escuchar las heridas de los demás sin miedo.

Escuchar incluso nuestras propias dudas y llevarlas a la luz.

Si permanecemos unidos —como vigas después de un terremoto— si dejamos que el Señor Resucitado soplé su paz sobre nuestros miedos, entonces nuestras familias, nuestra parroquia y nuestras vidas permanecerán firmes.

Y quizá alguien diga de nosotros lo mismo que se decía de los primeros cristianos:

“Miren cómo se aman.”

Y desde lo profundo de nuestra fe podremos decir con Tomás: **“¡Señor mío y Dios mío!” Amén.**

INVITACIÓN AL CREDO

Profesemos juntos la fe que nos sostiene y nos une, la fe que mantiene nuestras vidas firmes en Cristo, quien nos revela la misericordia y la vida más allá del miedo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Con el corazón abierto y las manos unidas presentamos nuestros dones de pan y vino, junto con el trabajo, las alegrías y las luchas de nuestra vida. Oremos para que sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios misericordioso, presentamos ante ti estos dones de pan y vino, símbolos de nuestra vida, de nuestros trabajos, de nuestras esperanzas y de nuestras heridas.

Que sean transformados por tu Espíritu Santo en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, Jesucristo, que llevó nuestro dolor y nos reconcilió contigo.

Enséñanos a comprender que incluso nuestros fracasos y dudas pueden convertirse en canales de tu gracia.

Fortalécenos para vivir en paz, para perdonar como hemos sido perdonados y para llevar tu misericordia a la vida de los demás.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO (El Espíritu Santo guía a la Iglesia)

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en todo tiempo tu providencia guía la creación.

Con sabiduría conduces a la Iglesia a través de pruebas y alegrías, llevándola a la unidad y a la misericordia.

Por la fuerza del Espíritu Santo mantienes a tu Iglesia unida en la fe, la esperanza y el amor, para que podamos dar testimonio de Cristo resucitado en el mundo.

Por tu Espíritu somos fortalecidos para orar juntos, perdonarnos unos a otros, partir el pan como un solo cuerpo y compartir nuestras vidas como signo vivo de tu misericordia.

Nos llamas a ser como las vigas de un edificio unidas entre sí, firmes incluso cuando las tormentas de la vida amenazan con sacudirnos.

Por eso, con los ángeles y los santos, con todos los que proclaman tu bondad, cantamos la gloria de tu nombre y nos unimos al himno celestial de alabanza.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Hermanos y hermanas, confiando en la misericordia de Dios que nos reúne como una sola familia en Cristo, elevemos nuestros corazones y oremos como Jesús nos enseñó, con valentía, esperanza y confianza.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros corazones, en nuestros hogares y en nuestras comunidades.

Fortalécenos para vivir como hijos tuyos, unidos en la fe y en la esperanza, y que ningún miedo, enojo o división nos impida ser instrumentos de tu misericordia.

Que tu Espíritu guíe nuestros pasos y nos llene de valentía mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú apareciste a tus discípulos en el cenáculo y les dijiste: “La paz esté con ustedes”. Hoy repites esas mismas palabras para nosotros.

Haz que tu paz habite en nuestros corazones y guíe nuestros pensamientos, palabras y acciones.

Que seamos lentos para enojarnos y rápidos para perdonar, acercándonos a quienes están heridos o solos. Enséñanos a tocar las heridas de los demás con amor y paciencia, así como permitiste que Tomás tocara tus manos y tu costado.

Que nuestras comunidades, nuestras familias y nuestras amistades se fortalezcan en la armonía, para que el mundo reconozca tu presencia en nosotros.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a esta mesa de misericordia, donde las heridas son sanadas, las dudas son acogidas y el Señor resucitado se nos entrega en amor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo, el Señor Resucitado que conserva sus heridas y nos muestra su misericordia.

En este don sagrado recordamos que incluso nuestras propias heridas, dudas y temores pueden ser tocados por su presencia sanadora.

Al salir de esta mesa, llevemos reconciliación a nuestras familias, bondad a nuestros vecinos y misericordia a quienes están heridos.

Como los primeros cristianos, vivamos en un mismo espíritu, unidos en el amor, perdonando generosamente y ofreciendo esperanza a todos.

Recordemos que el gesto más pequeño de paz, la palabra más sencilla de consuelo o el humilde acto de escuchar pueden convertirse en un puente de luz en un mundo que a menudo se siente dividido.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios todopoderoso, por medio de este santo alimento has nutrido nuestros corazones con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo Jesucristo.

Que la gracia que hemos recibido nos fortalezca para caminar en la fe, para acoger con misericordia las heridas de los demás y para vivir en unidad y amor.

Ayúdanos, Señor, a ser instrumentos de reconciliación, a llevar paz a los que están divididos y a ofrecer esperanza a los que se sienten desanimados.

Que nuestra vida sea testimonio de tu misericordia, para que todos los que nos vean puedan decir con admiración:

“Miren cómo se aman.”

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios Padre los guíe en toda verdad y los proteja con su amor.

Que Dios Hijo camine con ustedes, llenando su vida con el valor, la esperanza y la alegría del Señor Resucitado.

Que Dios Espíritu Santo los fortalezca, los una a sus hermanos y hermanas y los llene de una paz que supera todo entendimiento.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida y compartiendo la misericordia que han recibido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Como las vigas de un edificio unidas entre sí, nuestras vidas, nuestras familias y nuestra parroquia solo permanecen firmes cuando están unidas en Cristo.

Lleven la paz a donde vayan, abracen las heridas de los demás con misericordia y vivan como testigos del Señor Resucitado.

Y que ustedes también, como Tomás, puedan proclamar con valentía en su vida y en su fe:

“¡Señor mío y Dios mío!”

Lunes de la segunda semana de Pascua

Hechos 4,23–31; Juan 3,1–8

INTRODUCCIÓN

Un niño salió una tarde ventosa con su padre para volar una cometa. El niño tiraba del hilo con mucha fuerza, intentando controlar la cometa y hacer que fuera exactamente a donde él quería. Pero cuanto más trataba de controlarla, más luchaba la cometa y más descendía hacia el suelo. Al ver su frustración, el padre le dijo con calma: “No luches contra el viento. Deja que el viento la lleve”. Cuando el niño aflojó un poco el hilo y permitió que el viento hiciera su trabajo, la cometa se elevó con facilidad y comenzó a volar alto en el cielo.

Esa sencilla lección refleja algo de nuestra vida de fe. A menudo tratamos de manejar todo por nosotros mismos, confiando únicamente en nuestra propia fuerza y en nuestra comprensión. Sin embargo, en el Evangelio de hoy Jesús le dice a Nicodemo: “El viento sopla donde quiere”. Utiliza la imagen del viento para hablar del Espíritu Santo, que se mueve silenciosa y libremente en nuestras

vidas.

Como Nicodemo, todos nosotros somos buscadores, todavía aprendiendo a confiar en los caminos de Dios. Al reunirnos para esta Eucaristía, pedimos al Espíritu Santo que nos guíe nuevamente hoy, ayudándonos a abrir nuestros corazones y a permitir que el Espíritu de Dios nos conduzca más cerca de Cristo.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,
tú nos invitas a nacer de nuevo por el Espíritu cuando nuestra fe se vuelve cansada o vacilante.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús,
tú nos encuentras con paciencia en nuestras preguntas y dudas, así como encontraste a Nicodemo en la noche.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús,
tú envías tu Espíritu Santo para renovar nuestro valor y guiarnos cada día más cerca de ti.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios misericordioso,
tú conoces nuestros corazones que buscan y nuestra necesidad de renovación.

Míranos con bondad, perdona nuestros pecados y llénanos nuevamente con la vida de tu Espíritu, para que caminemos en la fe y en la esperanza. Por tu misericordia llévanos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre amoroso, tú llamas a cada uno de nosotros a una vida nueva en el Espíritu.

Cuando nos cuesta comprender tus caminos o confiamos demasiado en nuestras propias fuerzas, enséñanos a confiar en el suave movimiento de tu Espíritu.

Renueva en nosotros la gracia de nuestro bautismo, para que nuestras vidas sean guiadas por tu sabiduría y nuestros corazones crezcan cada vez más cerca de tu Hijo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre contaba que, cuando era niño, aprendió a navegar con su abuelo. Él pensaba que navegar dependía de la fuerza: tirar de las cuerdas y sujetar con firmeza el timón. Un día el viento cambió de dirección y él luchaba por controlar la barca. Su abuelo, con calma, le dijo: “No luches contra el viento. Déjate llevar por él”. Cuando ajustó la vela, la barca comenzó a deslizarse suavemente sobre el agua. El muchacho aprendió que navegar no consiste en controlar el viento, sino en dejar que el viento mueva la barca.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla del viento cuando le dice a Nicodemo: “El viento sopla donde quiere; oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así sucede con todo el que ha nacido del Espíritu”.

Nicodemo es un personaje interesante en el Evangelio de Juan. Es fariseo y un líder respetado, pero está buscando

algo más. Va a ver a Jesús de noche, quizá con dudas o con cierta inseguridad. Pero, aun con su vacilación, da el primer paso hacia Jesús.

Muchos de nosotros podemos reconocernos en Nicodemo. Incluso después de años de fe, seguimos siendo buscadores. Conocemos al Señor, pero todavía deseamos conocerlo más profundamente.

Jesús invita inmediatamente a Nicodemo a ir más lejos. Le dice que para entrar en el Reino de Dios debe “nacer de lo alto... nacer del agua y del Espíritu”. En otras palabras, la vida de fe no es algo que logramos solo con nuestro propio esfuerzo. Es la obra del Espíritu Santo dentro de nosotros.

La primera lectura lo muestra claramente. Cuando los apóstoles fueron amenazados y se les ordenó no hablar más de Jesús, no confiaron solamente en su propio valor. Oraron, y mientras oraban fueron llenos nuevamente del Espíritu Santo y comenzaron a anunciar la palabra de Dios con valentía.

Aunque ya habían recibido el Espíritu, todavía necesitaban

una nueva fuerza. Lo mismo ocurre con nosotros. Hemos recibido el Espíritu Santo en el bautismo y en la confirmación, pero cada día necesitamos abrir nuevamente nuestro corazón a la guía del Espíritu.

Como el viento que mueve una barca de vela, el Espíritu conduce suavemente nuestras vidas hacia Dios. Nuestra tarea no es controlar al Espíritu, sino permitir que el Espíritu nos guíe.

Hay un detalle hermoso acerca de Nicodemo. Al principio va a ver a Jesús en secreto, de noche. Pero al final del Evangelio aparece nuevamente, esta vez al pie de la cruz, ayudando a dar a Jesús una sepultura digna. Poco a poco y en silencio, el Espíritu lo había conducido más cerca de Cristo.

Un cristiano sabio dijo una vez que la oración más importante de cada día es muy sencilla:

“Ven, Espíritu Santo, guíame hoy”.

Si rezamos esa oración y realmente la decimos de corazón, el Espíritu nos conducirá —silenciosa pero seguramente— cada vez más cerca del Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestras vidas a Dios: nuestras preguntas, nuestras esperanzas y nuestro deseo de ser guiados por el Espíritu Santo. Oremos para que estos dones sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
ponemos ante ti estos sencillos dones de pan y vino, signos de nuestra vida y de nuestro trabajo.
Envía tu Espíritu Santo sobre ellos y sobre nosotros.
Así como el viento llena las velas de una barca y la mueve sobre el agua,
que tu Espíritu llene nuestros corazones para que nuestras vidas se orienten hacia tu amor.
Transforma estos dones y transfórmanos también a nosotros, para que vivamos más plenamente como tu pueblo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Padre del cielo, siempre es justo darte gracias, porque nunca dejas de guiar a tu pueblo con paciencia y amor.

Por medio de tu Hijo Jesucristo nos revelas que la vida nueva no nace solo del esfuerzo humano, sino de la obra misteriosa y vivificante del Espíritu. Como Nicodemo, muchas veces nos acercamos a ti buscando y con incertidumbre; sin embargo, tú acoges nuestras preguntas y nos conduces suavemente a una fe más profunda. Llenaste de valentía a los apóstoles cuando oraban juntos, y por ese mismo Espíritu continúas renovando hoy a tu Iglesia.

De manera silenciosa y fiel, tu Espíritu se mueve en nuestras vidas como el viento: invisible, pero poderoso, guiándonos hacia la verdad, el valor y la esperanza. Por eso, unidos a todos los que han renacido en tu Espíritu, elevamos nuestras voces con los ángeles y los santos para proclamar tu gloria: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Guiados por el Espíritu que nos hace hijos de Dios, y confiando en el amor de nuestro Padre, oremos juntos con las palabras que Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Señor Dios,
libranos de los miedos y las preocupaciones que nos impiden confiar plenamente en ti.

Libéranos de la tendencia a apoyarnos solo en nuestras propias fuerzas
y ayúdanos a caminar en la libertad de tu Espíritu.

Concede paz a nuestros corazones y a nuestro mundo y manténnos vigilantes en la esperanza mientras aguardamos la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
por tu resurrección trajiste la paz a tus discípulos
y los llenaste del Espíritu Santo.
Mira a tu Iglesia y a nuestro mundo.
Donde hay miedo, trae valentía;
donde hay división, trae unidad;
donde los corazones están inquietos, trae la paz serena de
tu presencia.
Concédenos la paz que nace de confiar en tu Espíritu,
que nos guía hacia el Padre.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Jesús nos invita a una vida más profunda en el Espíritu.
En esta Eucaristía nos alimenta con su propia vida
para que se renueven nuestra fe y nuestro valor.

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Espíritu de Dios muchas veces actúa silenciosamente
dentro de nosotros.
Como el viento, no lo vemos, pero podemos sentir su
acción cuando nuestro corazón crece en fe, en valor y en
amor.
Hoy hemos recibido a Cristo en la Eucaristía.
Que el Espíritu continúe su obra silenciosa de
transformación en nosotros,
conduciéndonos paso a paso más cerca del Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios, Padre nuestro,
en esta Eucaristía nos has alimentado con la vida de tu
Hijo y nos has renovado con el poder de tu Espíritu.
Continúa la obra que has comenzado en nosotros.
Ayúdanos a escuchar las suaves inspiraciones de tu
Espíritu en los momentos sencillos de nuestra vida.
Que salgamos de este lugar con el corazón abierto a tu
guía, dispuestos a vivir y anunciar tu palabra con valentía
y fe. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que nos da un nuevo nacimiento por el
Espíritu Santo
renueve sus corazones y fortalezca su fe.

Que Cristo Jesús, que acoge a todos los que lo buscan,
los guíe cada vez más hacia su verdad y su amor.

Y que el Espíritu Santo,
como el suave viento que impulsa una vela,
conduzca cada día sus vidas hacia la plenitud de Dios.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠, Hijo ✠ y Espíritu Santo ✠,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
confiando en la silenciosa guía del Espíritu Santo en su
vida diaria.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cada día puede comenzar con una oración sencilla:
“Ven, Espíritu Santo, guíame hoy”.

Si realmente abrimos nuestro corazón a esa oración,
el Espíritu nos conducirá suavemente—
muchas veces en silencio, pero siempre con fidelidad—
más cerca de Cristo.

Martes de la 2ª semana de Pascua

Hch 4,32-37; Jn 3,7-15

INTRODUCCIÓN

Una maestra preguntó una vez a sus alumnos en un día ventoso: “¿Puede alguien mostrarme el viento?” Los niños miraron a su alrededor. Un niño señaló un árbol y dijo: “No puedo ver el viento, pero puedo ver las hojas moverse.”

Otro señaló una bandera que ondeaba a lo lejos. Pronto comprendieron algo importante: el viento mismo no se puede ver, pero sus efectos están por todas partes.

Jesús habla de ese mismo misterio en el Evangelio de hoy. Le dice a Nicodemo: “El viento sopla donde quiere.”

En el idioma que Jesús usaba, la palabra para viento también significa espíritu. Así como no podemos ver el viento pero sí sus efectos, quizá no siempre veamos directamente al Espíritu Santo, pero podemos ver lo que el Espíritu hace en la vida de las personas.

Cuando el Espíritu actúa, los corazones cambian, la fe crece y el amor se vuelve visible. La primera lectura lo muestra bellamente en la primera comunidad cristiana,

donde los creyentes vivían unidos y compartían generosamente lo que tenían.

Al comenzar esta Eucaristía, pidamos a Dios que abra nuestros corazones al suave poder del Espíritu Santo, para que también nuestra vida revele la presencia del amor de Dios en el mundo.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,
tú nos llamas a un nuevo nacimiento por medio del poder vivificante del Espíritu Santo.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús,
tú nos guías con paciencia cuando luchamos por comprender el misterio de la fe.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús,
tú envías tu Espíritu para unir los corazones y hacer visible el amor de Dios entre nosotros.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios de misericordia y compasión,
tú conoces nuestra debilidad y las veces en que resistimos
la obra silenciosa de tu Espíritu.
Perdona nuestros pecados,
renueva nuestros corazones
y llévanos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre amoroso,
por medio de tu Hijo nos revelas el don de la vida nueva
nacida del Espíritu.
Ayúdanos a confiar en los caminos silenciosos y
misteriosos en los que tu Espíritu actúa dentro de
nosotros.
Abre nuestros corazones a tu guía,
para que nuestra vida refleje tu amor
y nuestra comunidad crezca en unidad y generosidad.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un marinero contaba que un niño salió al mar con su padre por primera vez. Cuando la barca comenzó a moverse rápidamente, el niño preguntó: “Papá, ¿de dónde viene el viento?”

Su padre sonrió y respondió: “Nadie lo sabe con certeza. Pero si abres las velas, el viento te llevará.”

El niño no podía ver el viento, pero sí podía ver lo que hacía. Ese poder invisible movía toda la barca.

Jesús utiliza esa misma imagen en el Evangelio de hoy: “El viento sopla donde quiere; oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va.” En el idioma de Jesús, la misma palabra significa tanto “viento” como “Espíritu”. Así que Jesús está hablando realmente del Espíritu Santo.

Como el viento, el Espíritu no puede ser controlado. No podemos decirle al Espíritu adónde ir. Más bien, el Espíritu

nos conduce adonde Dios quiere que vayamos. Nuestra tarea es simplemente abrir nuestra vida al Espíritu, como el marinero abre las velas al viento.

Nicodemo lucha por comprender esto. Cuando Jesús habla de “nacer de lo alto” o “nacer del Espíritu”, él pregunta: “¿Cómo puede ser eso posible?” Es una pregunta sincera. Incluso el nacimiento humano ya es un misterio. El nacimiento de un niño trae asombro y gratitud. Sin embargo, Jesús habla de un nacimiento aún más profundo: llegar a ser hijos de Dios por el don del Espíritu.

Este nuevo nacimiento no sucede de una sola vez. Se desarrolla a lo largo de nuestra vida, a medida que permitimos que el Espíritu nos guíe y nos transforme. El mismo Nicodemo lo demuestra. Al principio viene a Jesús lleno de dudas y buscando respuestas, pero más tarde lo vemos en el Calvario ayudando a sepultar a Jesús. Poco a poco, el Espíritu lo fue conduciendo más cerca de Cristo.

La primera lectura muestra lo que sucede cuando las personas viven verdaderamente según el Espíritu: los

primeros cristianos eran “un solo corazón y una sola alma”, y compartían lo que tenían. Cuando el Espíritu llena a las personas, el amor de Dios se hace visible en sus vidas.

El Espíritu obra muchas veces de manera silenciosa y misteriosa. Pero sus frutos se ven en corazones cambiados, en comunidades unidas y en gestos generosos de amor.

Que abramos también nosotros las velas de nuestro corazón para que el Espíritu Santo nos conduzca cada día por los caminos de Dios.

Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestros corazones a Dios y pidamos que el Espíritu que da la vida nueva transforme estos dones y nuestras vidas, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
traemos ante ti estos dones sencillos,
fruto de la tierra y del trabajo de las manos humanas.

Envía tu Espíritu sobre ellos,
así como tu Espíritu se mueve invisiblemente en el mundo.

Transforma este pan y este vino en la vida de Cristo
y transforma también nuestros corazones,
para que tu amor se haga visible en nuestra vida.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú nos has dado una vida nueva por medio de tu Hijo
y has derramado el don del Espíritu Santo sobre tu pueblo.

Aunque el Espíritu se mueve como el viento—invisible y misterioso—
su poder renueva los corazones, fortalece la fe y une a tu Iglesia.

Por este Espíritu los primeros creyentes llegaron a ser un solo corazón y una sola alma, compartiendo lo que tenían y dando testimonio con valentía de Cristo resucitado.

También hoy tu Espíritu continúa guiándonos,
enseñándonos a confiar en tus caminos
y haciendo visible tu amor por medio de vidas llenas de generosidad y compasión.

Por eso, con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria cantando sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como personas renacidas por el agua y el Espíritu,
oremos con confianza a Dios nuestro Padre con las
palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos también de los temores que nos impiden confiar
en tu Espíritu.

Llena nuestros corazones de paz
y guía nuestra vida en tu amor,
para que sigamos con valentía y fe el camino al que tu
Espíritu nos conduce.

Ayúdanos a permanecer abiertos
a los silenciosos movimientos de tu Espíritu en nuestra
vida diaria,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú soplaste tu Espíritu sobre tus discípulos
y los llenaste de tu paz.

Mira a tu Iglesia y a nuestro mundo.

Donde los corazones están divididos, trae la unidad;
donde reina el miedo, trae confianza;
donde el amor se ha debilitado, renuévalo con tu Espíritu.

Enséñanos a ser instrumentos de tu paz
en las comunidades donde vivimos.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Jesucristo nos da la vida que viene de lo alto
y nos alimenta con su propia presencia.

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del
mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El viento no se puede ver,
pero su presencia se reconoce por lo que mueve.
El Espíritu Santo actúa de la misma manera silenciosa en
nuestra vida.
Cuando la fe se fortalece,
cuando la generosidad reemplaza al egoísmo,
cuando las personas viven con un solo corazón y una sola
alma, el Espíritu de Dios está actuando.
Que la Eucaristía que hemos recibido hoy
abra aún más nuestros corazones a ese Espíritu.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios, Padre nuestro,
por medio de esta Eucaristía nos has alimentado con la
vida de Cristo
y nos has renovado con el poder de tu Espíritu.
Ayúdanos a vivir como personas nacidas del Espíritu:
unidos de corazón, generosos en el amor
y fieles en dar testimonio del Señor resucitado.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que nos da un nuevo nacimiento por el
Espíritu Santo
llene sus corazones de fe y esperanza.

Que Cristo, el Señor resucitado,
guíe sus vidas y fortalezca su amor mutuo.

Y que el Espíritu Santo,
que se mueve silenciosamente como el viento,
los conduzca cada día más cerca de la plenitud de Dios.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠, Hijo ✠ y Espíritu Santo ✠
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz y permitan que el Espíritu de Dios haga
visible su amor en sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Como el viento, el Espíritu Santo no se puede ver, pero su presencia se hace clara en corazones transformados, comunidades unidas y amor generoso. Hoy pregúntate: ¿Pueden los demás ver la acción del Espíritu en la manera en que vivo?

Miércoles de la 2ª semana de Pascua

Hechos 5,17-26; Jn 3,16-21

INTRODUCCIÓN

Un niño pequeño tenía miedo de entrar en una habitación oscura. Las luces estaban apagadas y las sombras hacían que todo pareciera incierto y aterrador. Su madre simplemente entró y encendió la luz. Al instante toda la habitación cambió. Los mismos muebles estaban allí, las mismas paredes y el mismo espacio, pero el miedo desapareció porque la luz hacía todo claro.

Esa sencilla experiencia refleja algo de lo que Jesús habla en el Evangelio de hoy. Él dice que la luz ha venido al mundo, pero que a veces las personas prefieren la oscuridad a la luz. En el Evangelio de Juan, la luz es Cristo mismo. Dios envió a su Hijo al mundo no para condenarnos, sino para traernos vida y salvación.

Cuando entramos en la luz de Cristo, permitimos que la verdad y el amor de Dios toquen nuestra vida. La luz puede revelar nuestras debilidades, pero también trae sanación, esperanza y vida nueva. Al reunirnos para esta

Eucaristía, pidamos al Señor que nos saque de toda sombra y nos ayude a caminar más plenamente en la luz de su amor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres la luz que ha venido al mundo para guiarnos hacia el Padre. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú no viniste para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de tu amor. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a dejar la oscuridad del pecado y caminar en la luz de la verdad. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios misericordioso,
tú enviaste a tu Hijo como luz del mundo para liberarnos de la oscuridad y hacernos vivir en tu amor.

Perdona nuestros pecados, renueva nuestros corazones y ayúdanos a caminar en la luz de Cristo.

Y que Él nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre amoroso,
tú revelaste tu gran amor por el mundo al enviar a tu Hijo como la luz que trae vida. Ayúdanos a acoger esa luz en nuestros corazones. Líbranos de las sombras que nos alejan de ti y guíanos para vivir en la verdad, el valor y la fe.

Que nuestra vida refleje la luz de Cristo para que otros lleguen a conocer tu amor salvador. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre instaló una potente luz de seguridad fuera de su casa. Cada vez que alguien se acercaba a la puerta por la noche, la luz se encendía de repente e iluminaba todo el patio. Una noche su vecino le dijo en broma: “Ahora cualquiera que piense entrar a robar lo pensará dos veces. ¡Los ladrones prefieren la oscuridad!”

Esa simple observación recuerda algo que Jesús dice en el Evangelio de hoy: “Los hombres han preferido la oscuridad a la luz, porque sus obras eran malas”. La oscuridad oculta; la luz revela.

En el Evangelio de Juan, la luz es Jesús mismo. Cuando el Evangelio dice que “la luz ha venido al mundo”, se refiere a Cristo. Pero Jesús deja algo muy claro: Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él.

Una de las frases más hermosas de toda la Biblia aparece en la lectura de hoy:

“Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.”

En el corazón del Evangelio no está la condena, sino el amor. El amor de Dios da vida. Dios entrega a su Hijo para que tengamos vida, lo que el Evangelio llama vida eterna, una vida que comienza ahora y continúa para siempre.

Pero el amor siempre espera una respuesta. Dios ofrece la luz, pero nosotros debemos elegir entrar en ella. El Evangelio dice que quienes viven según la verdad vienen a la luz. Todo el que busca sinceramente lo que es verdadero y bueno ya está caminando hacia la luz de Cristo, aunque todavía no lo comprenda plenamente.

Al mismo tiempo, el Evangelio es realista. Las personas pueden resistirse a la luz. A veces preferimos las sombras, donde nuestras debilidades y pecados permanecen ocultos. Pero la luz de Cristo no está destinada a avergonzarnos, sino a sanarnos y conducirnos a una vida más plena.

Dios es paciente con nosotros, así como Jesús fue paciente con Nicodemo. Nicodemo no comprendió todo inmediatamente. Su fe creció poco a poco. Pero al final lo encontramos junto a la cruz, ayudando a dar a Jesús una sepultura digna. Poco a poco fue entrando en la luz.

Permítanme terminar con una pequeña historia.

Una maestra llevó una vela a un aula completamente oscura. El salón estaba totalmente a oscuras. Luego encendió la vela. Al instante la oscuridad comenzó a desaparecer. Entonces preguntó a los estudiantes: “¿Cuánta oscuridad se necesita para apagar esta luz?”

Los estudiantes guardaron silencio. Finalmente uno dijo: “Ninguna. La oscuridad no puede vencer a la luz”.

Ese es el mensaje del Evangelio de hoy. El amor de Dios ha entrado en el mundo en Jesús, la luz del mundo. Nuestra tarea es simplemente salir de las sombras y caminar en esa luz, porque en esa luz encontramos la vida. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar ante el Señor estos dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestras vidas, pidiendo que la luz de Dios purifique nuestros corazones y nos fortalezca para vivir en la verdad. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
ponemos ante ti estos dones
que llegarán a ser para nosotros el Pan de Vida.

Que la luz de tu Hijo brille sobre nosotros
mientras celebramos esta Eucaristía.
Purifica nuestros corazones
de todo lo que nos mantiene en la oscuridad
y renuévanos en la vida que nace de tu amor.

Que esta ofrenda nos acerque más a Cristo,
que es la luz que nos conduce a la vida eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
En tu gran amor por el mundo enviaste a tu Hijo único
como la luz que ninguna oscuridad puede vencer.

Por medio de Él revelaste
no la condena sino la salvación,
ofreciendo vida a todos los que creen en Él.

En Cristo nos llamas
a salir de las sombras del pecado
y a entrar en la libertad y la verdad de tu amor.

Él sigue guiando a tu pueblo
para que caminemos como hijos de la luz
y reflejemos tu bondad en el mundo.

Por eso, unidos a los ángeles y a los santos,
proclamamos tu gloria cantando:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos de la luz y confiando en el amor de nuestro
Padre del cielo, oremos juntos con las palabras que Jesús
nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y líbranos también de la oscuridad
que a veces nubla nuestros corazones y nuestras mentes.
Guíanos para caminar siempre
en la luz de tu verdad y de tu amor.
Fortalécenos para elegir el bien
y vivir con sinceridad delante de ti.
Que tu luz nos dé valentía en las luchas
y esperanza en cada dificultad,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la luz que brilla en la oscuridad
y la fuente de la paz para todos los que te siguen.
Mira a tu Iglesia y a nuestro mundo.
Donde haya división, trae reconciliación;
donde haya confusión, trae la luz de la verdad;
donde haya corazones inquietos, trae la paz que sólo tú
puedes dar.

Ayúdanos a vivir como hijos de la luz,
llevando tu paz a los demás.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Jesucristo es la luz del mundo
y la fuente de la vida eterna para todos los que creen en
Él. Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Una sola luz puede iluminar una habitación oscura.
Cristo, la luz del mundo, viene ahora a nosotros en la
Eucaristía.

Al recibirlo,
que su luz entre en los rincones más escondidos de
nuestro corazón,
sanando lo que está herido
y guiándonos por el camino de la verdad y del amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios, Padre nuestro,
en esta Eucaristía hemos recibido
la presencia viva de tu Hijo,
la luz que trae vida al mundo.
Fortalécenos para caminar fielmente en esa luz.
Ayúdanos a vivir en la verdad, a crecer en el amor
y a reflejar tu bondad en todo lo que hacemos.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que ama al mundo tan profundamente
llene sus corazones con la luz de su verdad.
Que Jesucristo, la luz del mundo,
guíe sus pasos y fortalezca su fe.
Y que el Espíritu Santo
les ayude a caminar siempre en la luz del amor de Dios.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠, Hijo ✠ y Espíritu Santo ✠
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz

y caminen siempre en la luz de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”.

La luz de Dios ya ha entrado en nuestra vida.

Cada día somos invitados a salir de las sombras y caminar en esa luz.

Jueves de la 2ª semana de Pascua

Hech 5,27-33; Jn 3,31-36

INTRODUCCIÓN

Imaginemos un faro que se levanta en una costa rocosa. Su luz no brilla para sí mismo, sino para los barcos que navegan lejos en el mar. El faro no compite con el sol ni con la luna. Su misión es guiar con seguridad a otros a través de la oscuridad.

Esa imagen nos recuerda a Juan el Bautista en el Evangelio de hoy. Juan conocía muy bien su misión: era un mensajero que señalaba a alguien más grande, Jesús. Él decía: «Es necesario que Él crezca y que yo disminuya». Como el faro, la misión de Juan era permitir que la luz de Cristo guiara al mundo, no llamar la atención sobre sí mismo.

También nosotros estamos llamados a ser faros en nuestro mundo. Cada acto de bondad, cada palabra de ánimo, cada momento de paciencia y de perdón puede señalar a otros el camino hacia Cristo. A veces es tentador

buscar reconocimiento por lo que hacemos, pero la verdadera vida cristiana consiste en saber hacerse a un lado para que Cristo ocupe el centro.

Cuanto más permitimos que Él brille a través de nosotros, más luminosa se vuelve su luz para aquellos que atraviesan las tormentas de la vida.

Al celebrar esta Eucaristía, somos llamados a dejar que Cristo crezca en nuestras vidas. Nuestra tarea no es brillar por nosotros mismos, sino permitir que su luz y su amor brillen a través de nosotros, guiando a otros hacia Él.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes de lo alto y traes el Espíritu de Dios al mundo. **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, tú eres el Hijo de Dios, lleno de gracia y de verdad, y nos llamas a seguirte. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús, ayúdanos a hacernos a un lado para que tú crezcas en nuestros corazones y tu amor brille a través de nosotros. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
tú enviaste a tu Hijo al mundo para que todos pudieran contemplar tu amor.

Perdona nuestro orgullo y nuestro deseo de reconocimiento.

Renuévanos en la humildad

y haz que Cristo crezca en nuestras vidas,
para que, a través de nosotros, otros lleguen a conocer tu verdad y tu amor.

Y que Él nos lleve a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Padre de todos,

tú has confiado todo a tu Hijo, Jesús,
que viene del cielo y habla palabras de verdad y de vida.

Ayúdanos a seguir el ejemplo de Juan,
a apartarnos de nuestro deseo de llamar la atención,
para que Cristo crezca en nuestros corazones.

Enséñanos a compartir tu amor con los demás y a dejar que tu Espíritu guíe cada una de nuestras acciones.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Un profesor de música formaba a un joven violinista muy talentoso. A medida que el muchacho mejoraba, la gente comenzó a elogiarlo en todos los lugares donde tocaba.

Un día alguien preguntó al profesor:

«¿No le molesta que su alumno se esté volviendo más famoso que usted?»

El maestro sonrió y respondió:

«En absoluto. Un buen maestro espera que un día su alumno lo supere».

Esa actitud nos recuerda a Juan el Bautista en el Evangelio de hoy. Hablando de Jesús, Juan dice: «El que viene de lo alto está por encima de todos».

En otro momento lo expresó aún con mayor sencillez: «Es necesario que Él crezca y que yo disminuya».

Juan sabía muy bien quién era él y quién era Jesús. Juan era el mensajero, pero Jesús era el enviado del cielo. Juan señalaba la luz, pero **Jesús era la luz.**

El Evangelio hace afirmaciones muy profundas sobre Jesús. Nos dice que Jesús viene de lo alto, de Dios. Porque viene del cielo, puede hablar de Dios de una manera que nadie más puede hacerlo. Él habla las palabras mismas de Dios, y el Padre le concede el Espíritu sin medida. Todo ha sido puesto en manos del Hijo.

En otras palabras, Jesús no es simplemente otro maestro o profeta. Él es la revelación plena de Dios. Cuando escuchamos a Jesús, escuchamos la voz de Dios. Cuando vemos cómo vive y cómo ama, vemos cómo es Dios.

Por eso nuestra respuesta a Jesús es tan importante. El Evangelio dice con gran sencillez: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna».

La vida eterna no es solamente algo que comienza después de la muerte. Comienza ya ahora, cuando entramos en una relación viva con Cristo y participamos desde ahora en la vida de Dios.

Juan el Bautista nos muestra la actitud correcta ante Jesús. Él estuvo dispuesto a hacerse a un lado para que Cristo ocupara el centro. Sin embargo, cuando Cristo crece en nuestras vidas, no nos perdemos a nosotros mismos. Al contrario, llegamos a ser verdaderamente quienes Dios nos creó para ser.

Cuanto más nos acercamos a Jesús, más descubrimos que siempre hay más que conocer de Él. Toda nuestra vida se convierte en un camino en el que dejamos que Cristo crezca dentro de nosotros.

Permítanme terminar con una sencilla historia.

Una pequeña lámpara se quejaba un día al sol:
«Cuando tú sales por la mañana, todos se olvidan de mí».

El sol respondió con suavidad:

«Pero para eso fuiste creada: para brillar hasta que aparezca la luz más grande».

Como Juan el Bautista, nuestra misión es simplemente señalar a Cristo. Y cuanto más crece Cristo en nosotros, más su luz brilla a través de nuestras vidas para que otros la vean. **Amén.**

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar ante Dios estos dones de pan y vino, ofrezcamos también nuestros corazones, para que Cristo crezca en nosotros y su luz brille en nuestras vidas.

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estos dones, fruto del trabajo de nuestras manos.
Que el pan y el vino se conviertan para nosotros
en el Cuerpo y la Sangre de Cristo,
y que tu Espíritu llene nuestros corazones
para que Cristo crezca en nosotros
y su amor sea visible para todos.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Tú has enviado a tu Hijo desde lo alto,
confiándole todas las cosas.
Por medio de Él contemplamos la plenitud de tu verdad y
de tu amor.
Como Juan el Bautista, aprendemos a hacernos a un lado
para que Cristo crezca y guíe a tu pueblo.

Por Él tu Iglesia crece en fe, humildad y caridad,
y tu Espíritu continúa guiándonos por tus caminos.
Por eso, con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria diciendo: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos llamados a seguir a Cristo,
oremos con confianza al Padre que nos ama:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libéranos del deseo de ponernos siempre en primer
lugar.

Haz que Cristo crezca en nuestros corazones,
para que su amor y su luz brillen a través de nosotros para
los demás.

Fortalécenos para vivir con humildad y generosidad,
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el Hijo enviado desde lo alto y la fuente de vida y de paz.

Mira a tu Iglesia y a nuestro mundo.

Donde el orgullo y el egoísmo dividen, trae unidad; donde los corazones buscan reconocimiento, trae humildad.

Ayúdanos a vivir de tal manera que tu verdad y tu amor brillen a través de nuestras vidas.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Cristo viene de lo alto y nos ofrece la vida eterna.

Él nos alimenta para que su amor brille en nuestros corazones.

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Juan conocía su misión, y también nosotros conocemos la nuestra:

dejar que Cristo crezca en nuestras vidas.

Hoy lo hemos recibido en la Eucaristía.

Que su presencia llene nuestros corazones y que su luz brille a través de nuestras palabras y acciones para guiar a otros hacia Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios y Padre nuestro, tú enviaste a tu Hijo desde lo alto para mostrarnos tu amor.

Que la Eucaristía que hemos recibido nos fortalezca para apartarnos del egoísmo, para que Cristo crezca dentro de nosotros y a través de nosotros, llevando tu luz y tu vida al mundo.

Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que confió todas las cosas a su Hijo
llene sus corazones de humildad y de amor.

Que Jesucristo crezca en sus vidas
y los guíe para reflejar su luz y su verdad.

Y que el Espíritu Santo los fortalezca cada día,
para que Cristo brille en todo lo que hagan.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz
y permitan que Cristo crezca en sus corazones y en sus
vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Nuestra misión no es brillar para nosotros mismos,
sino señalar a los demás el camino hacia Cristo.

Cuanto más crece Cristo en nosotros,
más su luz brilla a través de nuestras vidas.

Viernes de la 2ª semana de Pascua

Hechos 5, 34-42; Juan 6, 1-15

INTRODUCCIÓN

Una jardinera plantó una vez una pequeña semilla en un terreno árido. Cada día la regaba, quitaba las malas hierbas y cuidaba con paciencia la tierra. Pasaron semanas y parecía que nada ocurría. Pero una mañana, un pequeño brote verde apareció sobre la tierra. Con el tiempo, aquel frágil brote creció y se convirtió en un árbol fuerte que daba sombra, frutos y refugio a muchas criaturas. Todo comenzó con una pequeña semilla cuidada con amor y paciencia.

El Evangelio de hoy nos muestra un principio semejante. Un muchacho ofrece cinco panes y dos peces, algo que parece demasiado poco para marcar una diferencia. Sin embargo, cuando los pone en las manos de Jesús, alimentan a miles de personas, y aún sobra comida. Lo que a nuestros ojos parece pequeño puede volverse extraordinario en las manos de Dios.

Se nos recuerda que también nuestras acciones —por pequeñas que parezcan— pueden dar fruto si las ofrecemos con fe. Una palabra amable, un momento de paciencia, una oración por alguien necesitado o un pequeño gesto de generosidad pueden parecer insignificantes al principio. Pero, puestos en las manos de Cristo, pueden crecer de maneras que no imaginamos, bendiciendo a otros y transformando nuestras comunidades.

Así como la semilla en el jardín, nuestras pequeñas ofrendas pueden convertirse en instrumentos del amor abundante de Dios.

Al celebrar esta Eucaristía, estamos llamados a confiar a Dios nuestras “pequeñas semillas” y permitirle que actúe a través de nosotros. Incluso el más pequeño acto de fe o de amor, cuando se entrega a Cristo, puede convertirse en una fuente de alimento, esperanza y luz para muchos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,
tomas lo poco que ofrecemos y lo transformas en vida abundante. **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús,
nos enseñas que incluso nuestros dones más pequeños pueden bendecir a otros cuando los ponemos en tus manos. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús,
ayúdanos a no subestimar el poder de nuestros actos de fe y amor. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
perdona nuestras dudas y vacilaciones,
y abre nuestros corazones para dar generosamente, como el pequeño del Evangelio de hoy. Renuévanos con tu Espíritu,
para que nuestras ofrendas, aunque parezcan pequeñas, se conviertan en canales de tu gracia y bendición para los demás y nos conduzcan a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Padre generoso,
tú tomas lo que es pequeño y lo haces abundante en tu amor.

Ayúdanos a ofrecer con libertad lo que tenemos —nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestros recursos— para que tu bondad llegue a otros a través de nosotros. Enséñanos a confiar en tu poder para multiplicar nuestros dones y guíanos a vivir en fe, esperanza y caridad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Un sacerdote contó una vez una pequeña historia que ocurrió en su parroquia. Un día una niña llegó a la catequesis con dos manzanas en su mochila. Cuando la catequista le preguntó por qué traía dos, la niña respondió: “Mi mamá dijo que tal vez alguien no tendría merienda hoy”.

Y en efecto, ese día otro niño había venido sin nada para comer. La niña compartió una de sus manzanas. A la semana siguiente varios niños trajeron algo extra para compartir. Poco a poco comenzaron a dejar algunas frutas y galletas en una pequeña cesta para quien las necesitara. Todo empezó con una simple manzana ofrecida por una niña.

Algo parecido sucede en el Evangelio de hoy.

Jesús y sus discípulos se encuentran frente a una gran multitud de personas hambrientas. La situación parece imposible. Felipe empieza a hacer cálculos: ni siquiera el salario de muchos meses alcanzaría para dar a cada uno un poco de comida. Andrés encuentra a un muchacho con cinco panes de cebada y dos peces, pero enseguida dice: “¿Qué es esto para tanta gente?”

Sus reacciones son muy humanas. Cuando vemos grandes necesidades, a menudo reaccionamos igual. Como Felipe pensamos: “Es imposible”. Como Andrés pensamos: “Lo que yo tengo es demasiado poco”. Pero el pequeño del Evangelio actúa de manera diferente.

Simplemente ofrece lo que tiene: cinco panes y dos peces, probablemente todo su almuerzo. Parece algo insignificante, pero Jesús lo acepta.

Jesús toma los panes, da gracias y los reparte. De algún modo todos quedan saciados y aún sobra comida. El Evangelio nos muestra algo importante: el Señor puede hacer grandes cosas con recursos muy pequeños cuando se ponen en sus manos.

El don del muchacho era pequeño, pero sin él el milagro no habría sucedido. Dios muchas veces actúa así. Como dice san Pablo: “El poder de Dios se manifiesta plenamente en la debilidad”.

A veces miramos las necesidades que hay a nuestro alrededor y nos sentimos abrumados. A veces nos miramos a nosotros mismos y pensamos que tenemos muy poco que ofrecer: poco tiempo, poca capacidad, poca fe. Pero el Señor no nos pide hacerlo todo. Solo nos pide ofrecer lo que tenemos.

Un poco de bondad.

Un poco de generosidad.

Un poco de fe.

Puestos en las manos de Cristo, incluso estos pequeños gestos pueden multiplicarse de maneras que no imaginamos.

Santa Teresa de Calcuta decía: “Si no puedes alimentar a cien personas, alimenta a una”.

Un visitante estaba una vez en una catedral llena de hermosos vitrales. Cerca de él vio un pequeño trozo de vidrio de colores. Cuando la luz del sol pasó a través de él, el vidrio comenzó a brillar con un color maravilloso. El guía le dijo: “El vidrio en sí no es nada especial. La belleza aparece cuando la luz pasa a través de él”.

Lo mismo sucede con nosotros. Por nosotros mismos podemos sentirnos pequeños y limitados. Pero cuando ponemos nuestra vida en las manos de Cristo, su luz brilla a través de nosotros. Y hasta la ofrenda más pequeña puede convertirse en bendición para muchos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones, pongamos también ante el Señor nuestras vidas, nuestros pequeños esfuerzos y nuestra disposición para servir.

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estos dones de pan y vino
y bendice las pequeñas ofrendas de nuestros corazones y
de nuestras manos.

Así como multiplicaste los panes y los peces,
multiplica también el bien que ponemos en tus manos.

Que estos dones se conviertan para nosotros en el Cuerpo
y la Sangre de Cristo,
y que nuestras vidas reflejen la generosidad de tu amor.

Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Tú multiplicas lo pequeño y lo conviertes en abundancia,
transformando nuestra debilidad en fortaleza
y nuestros dones en bendición.
Por medio de tu Hijo nos enseñas que incluso la ofrenda
más humilde,
puesta en tus manos, puede alimentar a muchos.
Mientras nos unimos a los ángeles y a los santos para
alabarte, nos alegramos por tu sabiduría y generosidad,
que transforman nuestras vidas y el mundo por medio de
Cristo.
Y así, con los ángeles y los santos, proclamamos tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos que hemos recibido de Dios más de lo que
podemos medir, oremos con confianza a nuestro Padre:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal
y libéranos del temor de que nuestras pequeñas
contribuciones sean insignificantes.
Ayúdanos a confiar en que incluso el don más pequeño,
ofrecido con fe, puede dar frutos más allá de lo que
imaginamos. Que demos con generosidad y alegría
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú tomas nuestras pequeñas ofrendas y
las multiplicas en abundancia. Mira a tu Iglesia y a nuestro
mundo.
Donde las necesidades parecen abrumadoras, trae
esperanza; donde la generosidad se debilita, inspira a
compartir; donde los corazones se sienten débiles, llénalos
de fe en tu providencia.
Haz que vivamos como canales de tu misericordia,
multiplicando tus bendiciones en la vida de los demás.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Cristo, el Pan de Vida, nos alimenta
y transforma nuestros pequeños dones en abundantes
bendiciones.

**Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.**

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Incluso la ofrenda más pequeña,
cuando se pone en las manos de Jesús, puede volverse
extraordinaria.

La Eucaristía nos recuerda que Cristo multiplica lo que
damos con fe,
y por medio de él nuestras vidas pueden bendecir a
innumerables personas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, nos has alimentado con el Pan de Vida
y nos fortaleces con el don de tu Espíritu.
Que sigamos el ejemplo del muchacho del Evangelio de
hoy, ofreciendo libremente lo que tenemos
y confiando en que tú lo multiplicarás.
Haz que nuestras vidas se conviertan en instrumentos de
tu Gracia y bendición para el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que multiplica incluso las ofrendas más
pequeñas, llene sus corazones de fe, generosidad y
alegría.
Que Cristo, el Pan de Vida, los alimente y fortalezca su
amor.
Y que el Espíritu Santo guíe sus acciones,
para que incluso sus dones más pequeños den fruto
abundante. Y que la bendición de Dios todopoderoso
descienda sobre ustedes:
el Padre ✠, y el Hijo ✠, y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz

y permitan que Cristo multiplique los pequeños dones de su vida en bendiciones para los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Incluso el acto más pequeño de fe, amor o generosidad, cuando se pone en las manos de Cristo, puede multiplicarse más allá de lo que imaginamos.

¿Qué pequeño don puedo ofrecer hoy para que Dios lo bendiga? ✨

Sábado de la 2ª semana de Pascua

Hechos 6,1-7; Juan 6,16-21

INTRODUCCIÓN

Un joven marinero se preparaba una vez para un largo viaje en mar abierto. La noche antes de partir, revisó cuidadosamente las cuerdas, las velas y las provisiones. Sin embargo, al acostarse en su camarote, se sentía inquieto. No podía controlar las olas ni el viento, y la incertidumbre lo llenaba de ansiedad.

A la mañana siguiente, observó al capitán que, con manos firmes, dirigía el barco con calma. Al verlo, el marinero se tranquilizó. Comprendió que podía enfrentar lo desconocido con seguridad porque no estaba solo: el capitán estaba guiando el camino.

El Evangelio de hoy nos muestra una realidad semejante. Los discípulos están en el mar de Galilea, luchando contra vientos fuertes y olas agitadas. La oscuridad los rodea. Entonces Jesús aparece caminando hacia ellos sobre el agua y les dice: «Soy yo. No tengan miedo». Así como el

capitán tranquilizó al marinero, la presencia de Cristo tranquiliza y guía a los discípulos en medio de la tormenta.

También nosotros estamos invitados a poner nuestra confianza en Cristo, especialmente cuando la vida parece incierta o abrumadora. Nuestras preocupaciones, temores y luchas pueden sentirse como olas fuertes contra nuestra barca, pero nunca estamos solos. Cuando invitamos a Jesús a nuestra vida mediante la oración, la fe y la participación en la Eucaristía, él se convierte en nuestra presencia que guía, nos sostiene en las dificultades y nos conduce con seguridad hacia la orilla de su paz.

Al celebrar esta Eucaristía, presentemos ante el Señor nuestras tormentas, nuestras dudas y nuestros desafíos. Incluso cuando el camino parezca oscuro o imposible, su presencia ilumina la senda y nos da el valor y la esperanza para seguir adelante.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a nosotros en nuestros temores y nos tranquilizas con tu presencia. **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, tú calmas las tormentas de nuestro corazón y nos guías en los desafíos de la vida.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, ayúdanos a confiar en ti cuando nos sentimos perdidos o abrumados por la oscuridad. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios misericordioso,
perdona nuestros temores y nuestras dudas.

Fortalece nuestra fe para que, aun en las tormentas de la vida, podamos reconocer tu presencia, seguir tu guía y caminar seguros en tu luz, y llévanos a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Padre celestial,
tú enviaste a tu Hijo para ser la luz en nuestra oscuridad,
guiándonos a través de las tormentas y pruebas de la vida.
Ayúdanos a confiar en su presencia
y a seguirlo con valentía.
Que permanezcamos cerca de ti en la oración
y que tu Espíritu nos fortalezca para servirnos unos a otros
con fidelidad, para que, aun en medio de las dificultades,
podamos llegar al puerto seguro de tu amor eterno.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Un pescador contó una vez la historia de una noche aterradora en el mar. De repente se levantó una tormenta; el viento era fuerte y las olas eran violentas. Durante un tiempo se sintió completamente perdido en la oscuridad. Luego vio a lo lejos la tenue luz del faro del puerto. La

tormenta no había terminado, pero él dijo: «Cuando vi la luz, supe que lograría llegar».

El Evangelio de hoy describe una experiencia semejante para los discípulos.

Después de alimentar a la multitud, Jesús se retira al monte para orar a solas. Mientras tanto, los discípulos se dirigen al otro lado del mar de Galilea sin él. Pronto el viento se hace fuerte, el mar se vuelve agitado y cae la noche. Ellos luchan por remar y parece que no avanzan.

Entonces, en medio de la tormenta, ven a Jesús que viene hacia ellos caminando sobre el agua. Él les dice: «Soy yo. No tengan miedo». De hecho, esas palabras también pueden significar «Yo soy. No tengan miedo», recordando el nombre de Dios revelado a Moisés. Jesús viene a ellos como la presencia consoladora de Dios en medio de su miedo.

El Evangelio nos recuerda que nuestro propio camino de vida y de fe a veces puede parecerse a esa travesía por el

lago. Tratamos de avanzar, pero a veces encontramos vientos fuertes, mares agitados y momentos de oscuridad. Precisamente entonces el Señor viene a nosotros y nos dice: «No tengan miedo».

La primera lectura de los Hechos de los Apóstoles muestra que incluso la Iglesia primitiva experimentó sus propias tormentas. Había tensión en la comunidad porque algunas viudas se sentían descuidadas. Los apóstoles respondieron con sabiduría. Invitaron a otros miembros de la comunidad, hombres llenos del Espíritu y de sabiduría, a asumir la responsabilidad de este servicio, mientras ellos se dedicaban a la oración y al ministerio de la palabra. Lo que podría haberse convertido en un conflicto serio se transformó en una oportunidad de crecimiento.

Ambas lecturas nos recuerdan lo importante que es permanecer unidos al Señor en la oración. Sin él luchamos, como los discípulos remando en la oscuridad. Pero cuando el Señor entra en la barca, el viaje vuelve a ser posible.

Un niño preguntó una vez a su abuelo durante un paseo nocturno: «¿Cómo podemos encontrar el camino en la oscuridad?» El abuelo levantó su linterna y dijo: «Esta luz solo muestra unos pocos pasos adelante, pero si caminamos con ella, nos llevará hasta casa».

La fe es como esa linterna. Tal vez no veamos todo el camino por delante, pero cuando el Señor está con nosotros, incluso entre vientos fuertes y mares agitados, él nos conducirá con seguridad hasta la orilla. **Amén.**

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones de pan y vino,
ofrezcamos también nuestros corazones, nuestras luchas
y nuestra fe,
para que el Señor calme las tormentas de nuestra vida
y nos guíe con seguridad.

Oremos para que este sacrificio mío y de ustedes
sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estos dones y las oraciones de tu pueblo.
Así como enviaste a tu Hijo para tranquilizar a los
discípulos en medio de la tormenta,
envía también tu Espíritu sobre nosotros.
Transforma estos dones en el Cuerpo y la Sangre de
Cristo y fortalécenos en la fe, la esperanza y el amor,
para que lo sigamos fielmente en los desafíos de la vida.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
En tu gran amor enviaste a tu Hijo
para guiarnos y protegernos, incluso en medio de las
tormentas de la vida.
Él camina hacia nosotros en la oscuridad y el miedo,
diciendo: «No tengan miedo».
Por medio de él la Iglesia se fortalece y se une,
y tu pueblo es conducido con seguridad

hacia el puerto de tu amor eterno.
Por eso, con los ángeles y los santos,
alabamos tu nombre y proclamamos tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza, oremos a nuestro Padre,
que nos guía y nos protege a través de todas las
tormentas de la vida:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos también del miedo
que nos impide confiar en tu presencia.

Calma las tormentas de nuestro corazón
y condúcenos con seguridad a través de cada dificultad.

Que caminemos en la fe, confiando en que tú estás
siempre con nosotros,
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú caminaste hacia tus discípulos
en medio de su miedo y de su oscuridad,
y tu presencia les trajo paz.

Mira a tu Iglesia y a nuestro mundo.

Donde las personas se sienten abrumadas por los
desafíos de la vida,
lleva consuelo;
donde los corazones están inquietos,
lleva calma;
donde dominan el miedo y la desesperación,
lleva esperanza.

Que vivamos como testigos de tu luz que guía
y de tu paz en el mundo.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Cristo viene a nosotros, incluso en medio de las tormentas
de la vida,
trayendo su presencia y tranquilizándonos con su paz.

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Incluso cuando no podemos ver todo el camino por
delante, Cristo está con nosotros.

Como los discípulos en el mar agitado, somos guiados y
tranquilizados por su presencia.

En la Eucaristía, él fortalece nuestra fe y nos da el valor
para continuar nuestro camino.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,

tú envías a tu Hijo para guiarnos y fortalecernos
en medio de las tormentas de la vida.

Que la Eucaristía que hemos recibido
nos dé valor y paz, para que lo sigamos fielmente,
confiando en su presencia
y sirviendo a los demás en el camino.

Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que camina con nosotros a través de toda
tormenta, llene sus corazones de valentía, esperanza y fe.

Que Jesucristo, nuestro Señor, sea su luz que guía
y los fortalezca en todos los desafíos.

Y que el Espíritu Santo los conduzca con seguridad
a través de las pruebas de la vida,
para que lleguen al puerto eterno del amor de Dios.

Y que la bendición de Dios todopoderoso
descienda sobre ustedes:

el Padre ✠, el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz

y confíen en que Cristo está siempre con ustedes,
guiándolos a través de cada tormenta.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe es como una linterna en la oscuridad:
tal vez no veamos todo el camino,
pero con la presencia de Cristo, cada paso es seguro.

Incluso en medio de las tormentas de la vida,
Dios nos conducirá hasta la orilla.